

1

QUÉ ES LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Aquí vamos a hablar sólo de la espiritualidad cristiana, cuyo protagonista es el Espíritu Santo, que impulsa la vida del creyente por los caminos del seguimiento de Jesús. Pero no hay que olvidar que el concepto de espiritualidad es más amplio, porque el Espíritu actúa fuera del cristianismo y también porque cabe hablar de espiritualidad a partir no sólo del Espíritu, sino también del espíritu con minúscula.

1. Concepciones reductivas de la espiritualidad cristiana

No todos tenemos ideas claras sobre el tema de la espiritualidad. Y las ideas influyen en las vivencias y en las prácticas. Entre las ideas de espiritualidad que más la distorsionan, voy a señalar las dos que, en mi opinión, son más frecuentes e influyentes: la concepción dualista, que considera el cuerpo y el espíritu como dos realidades enfrentadas, y la concepción espiritualista, que se empeña en buscar a Dios fuera de la realidad y de la historia.

1.1. Concepción dualista de la espiritualidad

Esta concepción se fundamenta más en la filosofía griega que en el Evangelio. Y, sin embargo, ha tenido enorme influencia en los cristianos. En ella se conciben el cuerpo y el espíritu como dos realidades –por eso se llama dualista- no integradas en la única realidad de la persona y siempre en lucha entre sí. Esta concepción considera el cuerpo como malo. El alma, en cambio, es la parte más noble del ser humano y está encarcelada en el cuerpo.

Dentro de esta visión de las cosas, la espiritualidad se centra en la actividad del espíritu humano y en las virtudes espirituales. Un elemento importante de esta espiritualidad es la lucha contra las pasiones que, en su opinión, vienen de la materia, sobre todo, del propio cuerpo, al que hay que dominar. De ahí la importancia que este tipo de espiritualidad le da a la mortificación del cuerpo, motivada, no precisamente por servir a los demás, sino para “domarlo”, para que no dañe al espíritu. En este caso el cuerpo entra en la dinámica de la espiritualidad como enemigo a derrotar. Entendida así la espiritualidad, una de sus tareas más importantes es liberar al espíritu de la cárcel del cuerpo para que pueda ir libre al encuentro con Dios.

En consecuencia, esta espiritualidad se centra en el espíritu y no en la persona. De ese modo crea dicotomías o divisiones en quienes la viven y deja fuera del influjo de la vida cristiana muchos aspectos: todo lo relacionado con lo material, como si eso no tuviera que someterse a las exigencias del Evangelio y del Espíritu y bastara sólo con “domarlo”. Uno no se relaciona con Dios ni lo adora más que con el espíritu y venciendo la resistencia del cuerpo.

Como dice Torres Queiruga, “esas ideas teóricas tuvieron gravísimas consecuencias prácticas. En ellas se ha apoyado una espiritualidad enemiga del cuerpo y desconfiada de todo gozo, que optaba por la “fuga mundi” y por el “ágere contra”¹ como estilo global. Nació así un talante sacrificialista, que inconscientemente inculcaba en el ambiente la creencia de que Dios estaba contento cuando nos veía sufrir, o que concedía favores a cambio de nuestro sufrimiento gratuito o

¹ Estas dos expresiones latinas significan “huida del mundo” e “ir en contra” del cuerpo y el disfrute de la vida.

de nuestros sacrificios ascéticos. Por algo Nietzsche acusó al cristianismo de ser “enemigo de la vida”².

En el mismo sentido se manifiesta J.M. Castillo cuando escribe: “Algunos piensan que “la espiritualidad es algo que entra en conflicto con la felicidad, con el goce de la vida. Durante siglos los autores espirituales han asociado la espiritualidad a la negación de la corporalidad, que también denominaban animalidad. La espiritualidad nació y creció al socaire del desprecio a lo corporal, a lo sensible”³.

1.2. La concepción espiritualista

Si la concepción dualista excluía de la espiritualidad al cuerpo, la concepción espiritualista excluye a las realidades de este mundo, pues se reduce a la “vida interior” de la persona, desentendiéndose de todo lo demás. Es una espiritualidad evasiva, de huida del mundo, de desinterés por la humanidad y sus problemas.

Este modo de entender y de vivir la búsqueda y el encuentro con Dios se fundamenta en el hecho de considerar a Dios casi sólo como trascendente, es decir, como el que está más allá de todas las cosas. Por eso se busca a Dios retirándose del mundo, alejándose de las realidades terrenas. Pero el Dios cristiano, es a la vez trascendente e inmanente, es decir está también presente en la creación y especialmente en la humanidad, en su aventura histórica y en cada uno de nosotros. Cuando uno se fija sólo en la trascendencia divina y se dirige a un Dios desencarnado de la realidad, surgen los espiritualismos descomprometidos con el mundo y con la transformación de la sociedad.

Esta espiritualidad busca la experiencia de Dios al margen de la realidad y de la historia. Su referencia a Cristo es también al margen de la historia de Jesús y de nuestra propia historia. Busca la voz del Espíritu sólo en su interior y no en la vida. La práctica de las tres virtudes claves del cristiano suele adolecer de intimismo e individualismo: una fe separada de la vida, que cree más en verdades que en la persona del que es la Verdad; una esperanza pasiva, ajena a todo compromiso de liberación; y una caridad individualista y asistencialista que tranquiliza la conciencia, pero no compromete en el cambio de las estructuras.

Para A. Torres Queiruga esta visión reduce “la espiritualidad a un “espiritualismo” desencarnado y abstracto, alejado de la vida real y ajeno al cuerpo. Como si la espiritualidad remitiera a la otra vida y no llamase, más bien, a vivir a fondo esta vida, con la máxima calidad, en todas y cada una de sus dimensiones: corporales y anímicas, individuales y comunitarias, en su fugacidad y en su permanencia, porque ésta es ya vida eterna”⁴.

Este modo de entender la espiritualidad es reductivo, porque la reduce a las relaciones íntimas de nuestro espíritu con Dios; relaciones que se desarrollan escuchando y meditando su Palabra, buscando su rostro en la oración y gozando de la intimidad de su encuentro en los sacramentos, especialmente en la eucaristía. Cuando alguien es fiel a esas prácticas y las vive con intensidad, decimos que tiene una excelente vida espiritual. Puede ser cierto, y también puede ser falso; todo depende de si esas prácticas son o no entrega gratuita a Dios y llevan o no a vivir, como Jesús, enteramente para los demás.

² A. Torres Queiruga, *Un Dios para hoy*, Santander 1999, p.27

³ J.M. Castillo, *Los peligros de la espiritualidad*, Selecciones de Teología, nº 143 (1997), p. 171

⁴ A. Torres Queiruga, *Recuperar la Creación*, p. 72

Este modo de entender la espiritualidad puede llevarnos también a un espiritualismo evasivo y a un estilo de vida en el que se compaginen el más “ardiente fervor” religioso con un refinado orgullo y egoísmo, con la mezquindad en las relaciones humanas y con la insensibilidad ante los graves problemas de la gente y, consiguientemente, con la falta de compromiso cristiano.

Esta visión de la espiritualidad difícilmente se libra de la dicotomía o separación entre fe y vida, tan propia del que busca el rostro de Dios en la oración y no lo busca, al mismo tiempo, en la realidad, en la historia y en los hermanos.

J. Martín Velasco dice que la experiencia de Dios, fuente de la espiritualidad, “no se realiza en un cara a cara imaginario con un Dios que, por ser Misterio absoluto, no puede hacerse presente como objeto de ninguna facultad humana. Por eso insisten los pensadores muy familiarizados con el cristianismo en que la experiencia de Dios, más que en ver, sentir, captar a Dios, consiste en vivir la vida humana a la luz de la fe en Dios, desde la perspectiva en que nos sitúa la profundidad que otorga la aceptación de su presencia”⁵

2. Hacia un concepto de la espiritualidad cristiana

En las páginas siguientes vamos a decir cómo entendemos la espiritualidad cristiana y cuáles son sus características principales.

2.1. La espiritualidad cristiana es, ante todo, acción del Espíritu

Para entrar por el camino más adecuado, comencemos por decir que la palabra espiritualidad, en nuestro caso, no deriva de espíritu, sino del Espíritu, con mayúscula. La espiritualidad cristiana, originaria y fundamentalmente, no la constituyen los sentimientos y expresiones de nuestro espíritu frente a Dios. La espiritualidad es, ante todo, don y acción de Dios en nosotros por medio de su Espíritu. No se puede entender ni describir desde nuestro espíritu, sino desde el Espíritu de Dios, que Él generosamente nos ha dado (Gal 4, 6) y que actúa en nosotros.

Desde esta perspectiva, la espiritualidad hay que definirla como vida según el Espíritu. Así lo hace San Pablo escribiendo a los gálatas: “caminad según el Espíritu” (Gal 5, 25) y poco más adelante dice: “Dejémonos conducir por el Espíritu” (Gal 5, 25).

“La antigüedad cristiana dejó bien sentado que la espiritualidad deriva de la acción del Espíritu Santo en la vida de los que creen en Cristo, que alcanza a la totalidad de la existencia y que, aunque el hombre ha de esforzarse en responder a la obra del Espíritu, sin embargo, es el Espíritu quien tiene la plena iniciativa. Se es espiritual, en la medida de la propia participación en el Espíritu Santo”⁶.

¿En qué consiste este caminar según el Espíritu?. Consiste en seguir a Jesús. Y si queremos explicitar más el esencial carácter trinitario y comunitario de nuestra espiritualidad, podemos decir que la espiritualidad cristiana consiste en seguir a Jesús en comunidad de discípulos, por don del Padre y con la fuerza del Espíritu.

“El punto de partida es el seguimiento de Jesús. La entrega a la causa del Reino de Dios, la lucha por esa causa, constituye el principio estructurante de la espiritualidad. La entrega a la causa

⁵ J. Martín Velasco, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, p. 94

⁶ J.M. Rambla, *Espiritualidad cristiana en la lucha por la justicia*, en AA.VV, Santander 1992, p. 182

del Reino posee una consecuencia ineludible: la lucha por una sociedad fraternal, solidaria, liberada de injusticias y opresiones”⁷.

El tema del seguimiento de Jesús ya lo hemos presentado en la primera parte de este comentario. Allí se trata desde el punto de vista de la vocación, es decir, como llamada a realizar el proyecto que Dios tiene sobre nosotros; aquí hay que mirarlo desde el punto de vista de la espiritualidad, es decir, como práctica, como un caminar real y concreto en pos de Jesús, guiados y fortalecidos por el Espíritu Santo.

2.2. Nuestra espiritualidad es la de Jesús

No podemos entender nuestra espiritualidad sin mirar al modelo que tenemos en Jesús, ya que nuestra espiritualidad no es diferente de la suya, pues nos guía su mismo Espíritu.

Y ¿cómo era la espiritualidad de Jesús? Podemos acercarnos a ella desde su experiencia de Dios como Padre y desde su experiencia del Espíritu Santo como guía y como fuerza interior.

La espiritualidad de Jesús vista desde su relación con el Padre

Como dijimos en la primera parte de este comentario, al hablar del seguimiento de Jesús, la experiencia fuente o fontal de Jesús de la que surge su forma de ser, de vivir y de actuar, es precisamente el experimentar a Dios como Padre. Y Dios Padre es el Dios del Reino, es decir, el Dios que, como Rey justo, quiere igualar y hermanar a todos los seres humanos. De esa experiencia única brotan en Jesús dos actitudes fundamentales que configuran toda su existencia: una fidelidad inquebrantable al Padre y una disponibilidad absoluta al servicio del Reino para anunciarlo e introducirlo en la vida de cada persona, de cada grupo y de la sociedad entera para hacer de la humanidad una gran familia, la familia de Dios.

Estas dos actitudes de Jesús, una vertical (hacia Dios) y otra horizontal (hacia los hombres), brotan de una misma fuente: el amor a Dios y a los hombres, especialmente a los que Dios más ama, los primeros destinatarios de la Buena Noticia del Reino, los pobres. Ambas actitudes son expresión de ese único e indivisible amor, y por eso entre ellas no cabe separación.

Hay, pues, en la espiritualidad de Jesús, dos tendencias y dimensiones: una vertical o mística, que le llevó a centrarse totalmente en el amor al Padre y en el cumplimiento de su voluntad (Jn 4, 34) y otra horizontal o política, que le llevó a dar su vida por los demás, especialmente por quienes vivían en peores condiciones. Esta última dimensión es también voluntad del Padre. Por eso ambas son inseparables.

De aquí deducimos que los dos ejes o líneas fuerza que atraviesan toda la vida espiritual de Jesús son la teocéntrica (centrado en Dios, como Padre) y la reinocéntrica (centrada en el servicio a los demás para hacer realidad el Reino de Dios). Esas mismas líneas fuerza han de ser los ejes transversales de la espiritualidad del seguidor de Jesús.

La espiritualidad de Jesús vista desde su relación con el Espíritu Santo

Jesús se dejó conducir siempre por el Espíritu Santo. De ahí que nuestra espiritualidad, que es la misma de Jesús, consista también en dejarse conducir por el Espíritu Santo. Lucas es el

⁷ J.M. Castillo, *Los peligros de la espiritualidad*, Selecciones de Teología (1997) n° 143, p. 175

evangelista que mejor describe la espiritualidad de Jesús, el que más resalta el hecho de que Jesús se dejara conducir constantemente por el Espíritu desde el comienzo de su vida pública: en el bautismo el Espíritu Santo baja sobre él (3,22), queda lleno del Espíritu Santo (4,1), se deja conducir por El al desierto (4,1) y vuelve a Galilea con el poder del Espíritu (4, 14).

En la sinagoga de su pueblo natal presenta su misión y, utilizando en texto de Isaías, dice cómo toda ella se va a desarrollar bajo la acción del Espíritu: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y dar la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar el año de gracia del Señor(Lc 4, 16-19.)

La espiritualidad de Jesús es compromiso con la vida

Acabamos de ver que tanto la experiencia de Dios como Padre, como la experiencia del Espíritu conducen a Jesús hacia los excluidos, hacia los que tienen reducido su derecho a la vida. El mismo Jesús dijo: “Yo he venido para que tengan vida en plenitud” (Jn 10,10) “La cosa está clara: Jesús se dejó llevar por el Espíritu del Señor para una cosa: aliviar el sufrimiento humano; para dar vida a quienes tienen la vida en cuestión o disminuida. Y devolver la dignidad de la vida a todos los que se ven atropellados por causa de la opresión o por carecer de libertad que merece cualquier ser humano. El Evangelio funde la causa de Dios con la causa de la vida”⁸.

De la mano de ese texto programático de Lc 4, 16-19, vemos, ya de entrada, que el compromiso por la vida es una dimensión esencial de la espiritualidad de Cristo y de todos los cristianos. En ese compromiso vivimos simultáneamente las dos dimensiones de la espiritualidad: el amor a Dios como Padre y el amor a los hermanos. Ahí, en esa frecuencia de onda se ha de insertar nuestra espiritualidad.

2.3. Características de la espiritualidad cristiana.

A continuación vamos a enumerar algunas características de la espiritualidad cristiana. Estas características no son más que elementos del concepto de espiritualidad que acabamos de presentar

1ª La espiritualidad cristiana es cristocéntrica

Desde que, por la encarnación del Hijo, Dios se hizo hombre, nuestro encuentro con él se da en y a través de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, que sigue presente en el mundo, en la historia y en cada uno de los seres humanos (cf Mt 28,20; Jn 14, 23).

La espiritualidad cristiana es cristocéntrica porque está centrada en Cristo, en su seguimiento. El Espíritu Santo dinamizador de nuestra vida espiritual nos lleva al encuentro con Cristo y nos une a él tan profundamente que formamos un solo cuerpo con él y de ese modo es el quien vive en nosotros (Gal 2,20) y quien nos lleva a vivir como él vivió.

Afirmar que nuestra espiritualidad es cristocéntrica “equivale a decir que tiene, como inequívoco punto de referencia, la persona misma de Cristo: sus palabras, sus valores, sus planteamientos, sus puntos de vista, su valoración de las personas, cosas, acontecimientos, sus comportamientos frente a las diversas circunstancias de la vida”⁹.

⁸ CASTILLO JM, *El centro de la espiritualidad cristiana*, Misión Joven (2000) n. 279 p. 8.

⁹ A.M. Calero, *El laico en la Iglesia, vocación y misión*, Editorial CCS, Madrid 1997, p.158.

Decir que la espiritualidad es cristocéntrica significa también que está marcada por la opción por los pobres. Igual que la espiritualidad de Jesús, la nuestra se centra en la realidad de los pobres y en su clamor por la vida, por la justicia, por la paz y por la libertad y lucha contra la dominación y la opresión. Asume la causa de los pobres, comparte sus luchas, y los eleva a la condición de sujetos y protagonistas en la sociedad y en la Iglesia.

2ª. La espiritualidad cristiana es reinocéntrica

La espiritualidad cristiana, por ser cristocéntrica, es también reinocéntrica, ya que para los cristianos, como para Jesús, el Reino es el centro de su vida y misión. También en ese punto somos seguidores suyos. El vino para anunciar y abrir caminos al Reino de Dios e hizo del Reino el sueño y la obsesión de su vida: “debo anunciar a las otras ciudades la Buena Nueva del Reino de Dios, porque para eso fui enviado” (Lc 4,43). Igualmente la espiritualidad cristiana tiene que estar totalmente centrada en anunciar y abrir caminos al Reino de Dios.

La espiritualidad cristiana tiene mucho que ver con la realidad central del Evangelio, con el Reino de Dios. Podemos decir que es la vivencia del Reino como don y tarea. En otras palabras, es vivir como hijos en el Hijo y como hermanos en el Hermano mayor y comprometernos en la tarea de hacer realidad en el mundo, con la fuerza del Espíritu, la filiación y la fraternidad que Dios ha proyectado para la humanidad y ha sembrado en ella. Nuestra espiritualidad no es otra cosa que la praxis continua del “venga a nosotros tu Reino”. Y esto no es distinto del seguir a Jesús, porque Jesús es el hombre que hizo carne propia el Reino que anunciaba, ya que vivió enteramente para Dios, como Hijo, y enteramente para los demás, como hermano. La espiritualidad es vivir las dos dimensiones del Reino: ser y vivir como hijos de Dios y ser y vivir como hermanos entre nosotros.

La primera urgencia de la espiritualidad es abrirle caminos al Reino de Dios en nosotros mismos, derribando los muros de nuestro egoísmo que nos impide vivir como hijos y como hermanos, y abriendo las puertas para que la Buena Nueva del Reino nos invada y nos transforme; nos haga radicales seguidores de Jesús y tenaces proseguidores de su misión en el mundo.

La espiritualidad cristiana es también reinocéntrica porque hace de la carta magna del Reino, las bienaventuranzas, la propia norma de vida.

3ª. La espiritualidad cristiana esta encarnada en la realidad

La espiritualidad cristiana tiene que estar encarnada en la realidad. Pablo VI puso de relieve esta exigencia fundamental de la espiritualidad cristiana, afirmando: “Es necesario, como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hacerse una misma cosa, en cierta medida con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo”.¹⁰ Es una exigencia obvia del seguimiento de Jesús y de la centralidad del Reino para todos sus seguidores.

La espiritualidad cristiana está “ubicada críticamente en la realidad. Estudia la realidad, la interpreta y evalúa. Sabe leer la coyuntura local, continental y mundial y penetra en el entresijo de las estructuras de dominación. Camina con los pies en el suelo de la realidad, con el oído atento al clamor de los pobres y a los sofismas de los ricos. Y no sólo toma una postura crítica frente a la realidad, sino que se compromete en su transformación conforme al tejido de valores del Reino de Dios¹¹.

¹⁰ *Ecclesiam Suam*, 80)

¹¹ P. Casaldáliga, J.M. Vigil, *Espiritualidad de la liberación*, p. 278

“La nueva espiritualidad nos lanza a compartir la vida y la suerte de nuestras hermanas y hermanos, especialmente de quienes sienten con más fuerza la debilidad, la marginación social, el azote de la pobreza y la injusticia. Sabemos que una espiritualidad que nos aparte de ellas y ellos no es evangélica”¹².

Como afirma un documento claretiano, nuestra espiritualidad ha de estar “encarnada en los pueblos y culturas e inserta entre los pobres: la auténtica espiritualidad se enraíza en el alma de los pueblos que son sus culturas; va configurando la vida cristiana como vida pobre -no burguesa- y solidaria con los pobres de la tierra, comprometida con la justicia, la paz, la integridad de la creación, porque descubre en la comunión el espacio privilegiado para experimentar al Dios cristiano”¹³.

La realidad determina, en gran medida, las características de nuestro modo de seguir a Jesús. Así, por ejemplo, desde el contexto de miseria que padecen las grandes masas de empobrecidos del tercer mundo, nosotros vemos a Dios, ante todo, como el Dios de la vida, que es el modo como se manifestó por vez primera a Moisés (Ex 3, 7-14). Y lo que nos lleva a verlo como el Dios de la vida son, precisamente, los signos de muerte que atenazan a los pueblos del tercer mundo.

Desde esta óptica, nos sentimos insistentemente invitados a seguir a Cristo que encarnó en su persona, en su vida y en su muerte hasta extremos increíbles la opción de Dios por los pobres. Desde estas situaciones de esclavitud, nos sentimos llamados a seguir a Cristo liberador, que vino para que todos tengan vida en abundancia (Jn 10,10).

Esto implica:

- asumir su opción por los pobres,
- su mensaje y su práctica de liberación integral de las personas,
- su estilo de vida pobre y para los pobres,
- el conflicto, la persecución y hasta la muerte, que conllevan estas opciones en algunos lugares de nuestro planeta.

La realidad en que vivimos da también una fisonomía y unas características diferentes a nuestra lectura de la Palabra, a nuestra oración y a nuestra praxis sacramental, como veremos más adelante al comentar los números del Ideario que se refieren a estos temas.

4ª. La espiritualidad cristiana está inserta en la historia.

Como ya dijimos en la primera parte de este comentario, el seguimiento de Jesús es histórico y, por lo mismo, la espiritualidad cristiana es también histórica, en primer lugar, porque seguimos al Jesús histórico y, en segundo lugar, porque le seguimos aquí y ahora, en esta en este pueblo y en esta cultura, en esta realidad histórica en que vivimos. Por lo mismo, nuestra reflexión sobre la espiritualidad, que es tanto como decir, nuestra reflexión sobre el seguimiento de Jesús, la hemos de hacer en el contexto histórico en que vivimos. “La vida en el Espíritu está sometida al tiempo, a la evolución. Por eso también hablamos de camino de espiritualidad o de diversas configuraciones históricas o culturales de la espiritualidad.”¹⁴

¹² Comisión teológica de la USG, *Dentro de la globalización*, Vida Religiosa, nº 2 vol 90 (2001) p. 20.

¹³ Misioneros Claretianos, *Nuestra espiritualidad...* p. 22

¹⁴ Misioneros Claretianos, *Nuestra Espiritualidad misionera...* p. 23

La historia y particularmente “el reverso de la historia”, es decir, los pobres, los marginados, los crucificados, son para nosotros un lugar privilegiado para el encuentro con Dios.

5ª. La espiritualidad cristiana experimenta a Dios en la vida.

Porque Dios es el que está dando constantemente vida a sus criaturas y se manifiesta en la vida, es ahí donde lo podemos encontrar y experimentar su presencia. El Espíritu Santo, como dice nuestro credo, es “Señor y dador de vida” y llena el mundo con su presencia. Hemos de abrir los ojos y los oídos para descubrir la huella de Dios en el mundo y para escuchar la voz del Espíritu en las cosas y en los acontecimientos. Hemos de buscar a Dios en los caminos de la vida.

A la pregunta ¿dónde está Dios, para experimentar su presencia? hay que responder que está en los gestos de amor y de solidaridad, aunque al hacerlos no se mencione su nombre. Está en quien no cede a la mentira y al soborno, en el que trabaja por la paz y la justicia, en el amor a los minusválidos, en el cuidado efectivo, a los disminuidos de la propia familia o de otras; está en el gesto de acogida dado al emigrante, en la lucha contra la globalización neoliberal, en las manifestaciones por conseguir que el Gobierno del país fije en sus presupuestos el 0,07% para ayudas solidarias; está en el educador que ama a los educandos y sabe acompañarlos; en el enfermo de sida y en quienes los cuidan sin miedo al contagio; está en el padre y en la madre de familia que viven para sus hijos. Está en el amor oblativo de los hijos a sus padres incluso cuando por la edad o la enfermedad de estos se vuelven una pesada carga.

Aunque parezca exagerado, nos hace pensar el siguiente razonamiento: “Si una persona actúa rectamente, aunque su actuación aparentemente no tenga nada que ver con la religión, se relaciona con Dios y se une a Dios. Por tanto, el trabajo, el descanso, el goce de la vida, las acciones en apariencia más sencillas nos acercan a Dios y tienen un profundo y radial sentido religioso, aunque nosotros no nos demos cuenta de ello”¹⁵.

6ª Es una espiritualidad misionera

Somos seguidores de Jesús enviado del Padre, misionero del Reino, y, como tales, somos también misioneros. Cristo mismo nos envía como envió a los 12 y los 72.

La espiritualidad cristiana es esencialmente misionera. No es una espiritualidad intimista, replegada sobre sí misma, enajenada en el gozo de “vivir los hermanos unidos”, sino que vive preocupada por los alejados y por los que no han recibido la Buena Nueva del Evangelio. “La vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación también al apostolado”(AA 2). Por eso, como vivencia de la vocación, se compromete en el anuncio de la Buena Noticia a todos, particularmente a los pobres, los marginados y a los no evangelizados.

7ª. La espiritualidad cristiana es comunitaria y eclesial

La espiritualidad cristiana, como la fe, que es su raíz más profunda, es esencialmente comunitaria. El mismo Jesús quiso, desde el principio de su actuación misionera, compartir su experiencia de Dios con la comunidad de discípulos que él escogió y formó.

Los ámbitos en los que se realiza la comunión son como círculos concéntricos cada vez más amplios: La familia, los vecinos, los compañeros de trabajo, la población o el barrio en que vivimos,

¹⁵ J.M. Castillo, *Los peligros de la espiritualidad*, Selecciones de Teología, nº 143 (1997), p. 172

etc. Y, en el ámbito eclesial, la pequeña comunidad a la que pertenecemos, el movimiento, la parroquia, la Iglesia particular y la Iglesia universal.

La dimensión eclesial y comunitaria de la espiritualidad cristiana se expresa y se realiza especialmente en las pequeñas comunidades de creyentes en las que uno puede realmente celebrar y compartir la fe, el amor fraterno y el compromiso cristiano. La pequeña comunidad es el ámbito en el que se realizan y se fortalecen las dos dimensiones de la espiritualidad, la mística y la política. En la comunidad nos estimulamos y confortamos mutuamente en la lucha por extender el Reino de Dios. Por eso los grupos de seglares claretianos tratan de organizarse como pequeñas comunidades cristianas (Ideario 17), que son lugares privilegiados de experiencia de Dios compartida.

La espiritualidad cristiana está también abierta a la comunión con otras confesiones y con otras religiones. “Hemos de vivir nuestra espiritualidad en contextos de diálogo interreligioso, en los que sepamos acoger la presencia del Espíritu en nuestros interlocutores, acertemos a comunicar nuestra fe en Jesús, nuestro Señor y Siervo de todos, Cuerpo entregado, y actuemos desde la kénosis, la humildad y la mansedumbre, tan propias de nuestro Maestro”¹⁶

3. Fuentes de la espiritualidad cristiana

¿Dónde colocar en esta descripción de la espiritualidad cristiana temas tan importantes como la Palabra de Dios, la liturgia, los sacramentos y la oración, que en otros tiempos constituían toda la espiritualidad?. Se trata de realidades que desbordan cualquier esquema rígido. No obstante, para tranquilizar nuestro afán de sistematizar las ideas y conocimientos, las colocamos como fuentes de nuestra espiritualidad, porque ellas alimentan, animan, impulsan y guían nuestro caminar por las rutas del Espíritu. Sin embargo, somos conscientes de que todas ellas, además de fuentes, son punto de encuentro y lugar de experiencia de Dios, son, por tanto, momentos fuertes de nuestra espiritualidad, de nuestro caminar según el Espíritu y forman parte esencial del seguimiento de Jesús. Como veremos más adelante, el Ideario las toma como fuentes.

4. ¿Puede haber diversas espiritualidades?

Podemos decir que sólo existe una espiritualidad cristiana, común a todo el pueblo de Dios, sin distinguir en él categorías como las de sacerdote, religioso y seglar. El contenido esencial de esta única espiritualidad cristiana es seguir a Jesús bajo la guía y con la fuerza del Espíritu. Y esto es para todos los cristianos. Así un especialista en teología bíblica escribe: “puede afirmarse que no existe más que una espiritualidad, la del “laós” o pueblo de Dios que ha sido redimido por Cristo y enriquecido por su Espíritu. No hay múltiples caminos; sólo hay formas de vivir y asumir, de interpretar y de recorrer el único camino de Jesús”¹⁷.

Desde este enfoque, tendríamos que concluir que no existe una espiritualidad seglar ni una espiritualidad claretiana, porque sólo existe la espiritualidad cristiana. Pero, si les damos todo el peso que tienen esas formas diferentes de “vivir y de recorrer el único camino de Jesús” del que habla el autor citado, podemos decir que hay múltiples espiritualidades, entre ellas también la espiritualidad seglar y la claretiana.

Es cierto que todos estamos igualmente llamados a seguir a Jesús y a vivir según su Espíritu. Pero también es cierto el hecho de que cada persona, cada grupo de cristianos y cada familia eclesial realiza el seguimiento y desarrolla la vida según el Espíritu de forma diferente, con

¹⁶ Misioneros Claretianos, *Nuestra espiritualidad misionera...* p. 36

¹⁷ PIKAZA X. *Espiritualidad laical*, Rev. de Espiritualidad, 43 (1984) p. 53.

enfoques, acentuaciones y características diversas. Por eso es lícito hablar de diferentes espiritualidades dentro de la espiritualidad cristiana.

Como hemos dicho anteriormente, la espiritualidad consiste en dejarse conducir por el Espíritu, en seguir los caminos que él nos muestra iluminados. La manifestación más clara, personal y precisa de los caminos por los que el Espíritu quiere llevar a cada uno es el carisma, es decir, la vocación y la misión que él le ha dado. El carisma es llamada de Dios para una misión, para un modo de seguimiento y de servicio, y es acción del Espíritu que nos habilita, nos capacita y nos da las fuerzas necesarias para vivir esa misión. Es, sobre todo, el Espíritu Santo con sus dones, quien nos lleva a acentuar más unos aspectos u otros en el seguimiento de Jesús.

Podemos hablar de una espiritualidad del seglar claretiano porque el carisma que hemos recibido nos lleva a un modo concreto de leer y vivir el evangelio y a un modo concreto de seguir a Jesús. La espiritualidad es nuestra respuesta al carisma, la vivencia y desarrollo del mismo.

Desde esta perspectiva, la respuesta a la pregunta acerca de si puede haber una espiritualidad seglar y claretiana es clara: dado que existe un carisma, una vocación y una misión seglar claretiana, existe también una espiritualidad seglar claretiana. Teniendo en cuenta que en “el seno de una vocación laical común florecen vocaciones laicales diferentes”, como dice ChL n° 56, hay que admitir que existen diferentes espiritualidades laicales. Y, dado que existe una vocación secular claretiana, es claro también que existe una espiritualidad secular claretiana.

En contraposición a la vocación sacerdotal y a las múltiples vocaciones religiosas, no es correcto afirmar que el seglar es un cristiano sin más, como si los sacerdotes y religiosos tuvieran algo “más”, una vocación específica, y los seglares no. También el seglar la tiene y, por lo mismo, tiene su “más”. Sólo es aceptable decir que el seglar es un cristiano sin más, si se dice lo mismo de los sacerdotes y de los religiosos, porque ni el sacerdocio ni la consagración religiosa ni la secularidad añaden nada nuevo al ser cristiano; sólo explican y enfatizan algunos aspectos y dimensiones de la vocación y misión del cristiano.

El concilio Vaticano II dice a los seglares que forman parte de asociaciones y movimientos: “esfuércense igualmente por asimilar con fidelidad las características peculiares de la espiritualidad propia” de los mismos (AA. 4g).

Aunque lo esencial en todas las vocaciones es la dimensión cristiana de las mismas, tenemos que guardarnos de considerar los elementos y características que configuran las diversas vocaciones y espiritualidades como accidentes o añadidos al tronco común de la espiritualidad cristiana y diferentes de ella. Más que añadidos son algo coextenso con la espiritualidad cristiana. Son elementos de la misma espiritualidad cristiana que se convierten en claves o enfoques desde los que vivimos toda la espiritualidad.

Entre la espiritualidad de una religiosa de clausura, por referirnos a situaciones extremas, y la de un líder político o un sindicalista cristiano, no sólo hay diferencias de matices y de acentos, sino que hay diferencias profundas en cuanto al enfoque y al talante con los que se viven todos y cada uno de los ejes fundamentales o elementos comunes de la espiritualidad cristiana. Es muy distinta la síntesis teórica y vital que hace una religiosa de clausura y la que hace un activista sindical de los elementos comunes de la espiritualidad cristiana.

“Una determinada espiritualidad significa siempre una reordenación de los ejes fundamentales de la vida cristiana partiendo de una intuición central... Lo que establece la

diferencia entre una espiritualidad y otra no está en los ejes mencionados, que son normalmente los mismos, sino en el orden nuevo que se crea entre ellos, en el modo de hacer la síntesis”¹⁸.

Entendiendo así las cosas, es lícito hablar, como lo haremos más adelante, de una espiritualidad seglar y de una espiritualidad claretiana o del carácter secular y claretiano de nuestra espiritualidad. Con ello no rompemos la unidad de la espiritualidad cristiana, sino que explicitamos su riqueza y dinamismo.

Para el diálogo:

a) *¿Qué nos sugiere la siguiente parábola de R. Tagore?*

“A media noche el hombre dijo: - Ha llegado la hora de dejar mi casa y buscar a Dios. ¿Quién me habrá tenido engañado tanto tiempo?.

Dios le respondió sereno: - He sido yo.

Pero el hombre nada oía. La madre dormía dulcemente, con el niño en su pecho, a un lado de la cama. El hombre, mirándoles, dijo: - ¿Quiénes sois vosotros que me habéis engañado durante tanto tiempo?.

La voz de Dios volvió a hablar: - Ellos son Dios.

Pero el hombre nada oía. Y el niño y la madre seguían durmiendo.

Dios dijo: - Detente, necio, y no dejes tu hogar.

Pero el hombre nada oía. Y Dios suspiraba tristemente: - ¿Por qué querrá venir a mi, abandonándome?.

b) *¿Qué orientaciones importantes sobre la espiritualidad hemos encontrado en este capítulo?*

c) *Tomando la lista de siete características de la espiritualidad cristiana, compartir sobre cuáles tenemos más presentes y cuáles tenemos más olvidadas en nuestra vida espiritual?*

¹⁸ GUTIERREZ G, *Beber en su propio pozo*. CEP, Lima 1983, p. 135